



Tras los pasos de Pedro Arrupe

La espiritualidad ignaciana vivida
al servicio de los refugiados





acompañar servir defender

Servicio Jesuita a Refugiados

Tras los pasos de Pedro Arrupe
La espiritualidad ignaciana vivida al servicio de los refugiados

Noviembre 2007

Introducción

El centenario del nacimiento de Pedro Arrupe es un momento oportuno para recordar la visión que tuvo para el JRS y asegurar, incluso cuando la organización crece y el mundo cambia, que su vitalidad se mantenga en el futuro.

Las reflexiones de los jesuitas compartidas en este folleto testifican la permanencia del legado de su visión. Prueban que acertó en su esperanzadora profecía de que los jesuitas han sido llamados para aliviar las *acuciantes necesidades* de las personas desplazadas por la fuerza y de los *beneficios espirituales* que se recogerán de este importante y moderno apostolado.

Veintisiete años después de la creación del JRS, la *magnífica* respuesta a su llamamiento inicial no ha disminuido, y el impacto de su apostolado en las Provincias que ponían hombres a su disposición, sigue siendo real y profunda. La visión de Arrupe ha inspirado a muchos jesuitas, laicos y religiosos que han trabajado con el JRS y les continuará guiando en el futuro.

Roma, 1 de noviembre de 2007

Lluís Magriñà SJ

Peter Balleis SJ

La Compañía de Jesús y el problema de los refugiados

En las Navidades del año pasado quedé profundamente impresionado y conmovido por las penalidades de los miles de prófugos del mar y de los refugiados. Creí mi deber enviar un telegrama a unos 20 Superiores Mayores de diferentes partes del mundo. Haciéndoles partícipes de mi preocupación, les preguntaba qué podían hacer ellos en sus respectivos países, y qué podía hacer la Compañía para aliviar, al menos un poco, la tragedia de tal situación.

Su respuesta fue magnífica: inmediatamente recibí ofrecimientos de personal y de ayuda material y técnica. Se pudo enviar gran cantidad de alimentos y medicinas. Se emprendió una campaña a través de los medios de comunicación de masas para influir en los organismos oficiales y privados. Se ofreció el envío de voluntarios tanto para la acción pastoral como para tareas de organización. etc.

Creo que nuestra acción en este campo es un apostolado nuevo y de gran actualidad para la Compañía. Hoy y en el futuro, y del que puede derivarse para la Compañía un gran crecimiento espiritual.

Para dar continuidad a estas actividades iniciales, convoqué en la Cuna una consulta con objeto de estudiar la respuesta que la Compañía podría dar al problema de los refugiados, cuya gravedad crece por momentos. De esta consulta informé 'Noticias y Comentarios' en su edición del pasado 15 de Octubre.

Comencé declarando que esta situación es un desafío a la Compañía que no podemos ignorar si queremos seguir siendo fieles a los criterios fijados por San Ignacio a nuestro celo apostólico y a la llamada de las recientes Congregaciones Generales 31 y 32. En las Constituciones San Ignacio habla del bien más universal, de la mayor urgencia, de la dificultad y complejidad del problema humano en cuestión, de la inexistencia de otros que pudieran remediarlo (Cf Const VII. II. 623). Por nuestro ideal de disponibilidad y universalidad, por el número de las instituciones a que atendemos, y por los ánimos a colaboración del gran número de seculares que colaboran con nosotros, estamos en privilegiadas condiciones para hacer

frente a este desafío y prestar servicios que no están suficientemente atendidos por otros organismos y asociaciones. ... Más aún, la ayuda que se necesita no es solamente material: lo que especialmente se requiere de la Compañía es un servicio humano, educativo y espiritual, un desafío difícil y complejo. Las necesidades son dramáticamente urgentes. No dudo en repetir lo que dije en aquella Consulta: *Creo que nuestra acción en este campo es un apostolado nuevo y de gran actualidad para la Compañía. Hoy y en el futuro, y del que puede derivarse para la Compañía un gran crecimiento espiritual. ...*

En vista de lo allí discutido, y después de consultarlo con mis Consejeros Generales, he decidido establecer en la Curia un centro operativo *Jesuit Refugee Service (JRS)* para coordinar la acción de la Compañía en pro de los refugiados. ...

Espero que aceptará esta carta y mis peticiones con espíritu de gozosa disponibilidad. San Ignacio nos pidió estar dispuestos a ir a cualquier parte donde seamos más necesarios para "el mayor servicio divino". Las necesidades, tanto espirituales como materiales de los 16 millones de refugiados que hoy hay por el mundo, difícilmente podrían ser mayores. Dios nos está llamando a través de esas poblaciones desvalidas. La oportunidad de prestarles ayuda deberíamos considerarla como un privilegio que, a su vez, nos atraerá grandes bendiciones de Dios para nosotros y la Compañía.

Pedro Arrupe SJ, 14 de noviembre de 1980

El 'canto del cisne' para la Compañía

... Es natural que quienes trabajan con refugiados tengan diferentes reacciones y puntos de vista. El servicio a los refugiados añade una nueva dimensión a vuestro trabajo jesuita aquí en Tailandia. La Compañía internacional puede ayudar, pero este nuevo paso tendrá implicaciones especiales para vosotros.

... Estáis haciendo un trabajo maravilloso, aunque difícil. Es una labor importante. Apenas podéis percibir el éxito en un país que es mayoritariamente budista y donde hay muy pocos católicos.

Este es el tipo más duro del apostolado misionero. Creo que puedo hablar desde la experiencia. En Japón puedes encontrarte con que el cura de una parroquia sólo ha bautizado dos personas en diez años. En verdad, lo que está en cuestión aquí no es el éxito externo sino el compromiso. Tenemos que trabajar lo mejor que podamos – tal y como hemos estado diciendo en la Compañía en todo el mundo.

La Compañía tiene iniciativa y creatividad. Aunque a veces se ha optado por los apostolados más fáciles. ¡Dudo que un apostolado fácil sea un apostolado real!

El apostolado en Tailandia es uno de los más difíciles de la Compañía por las condiciones culturales, políticas y demás. Así que necesitaréis de un gran corazón para trabajar con entusiasmo en una labor cuyos resultados no veréis. Pero los que lleguen después dirán: '¡Qué trabajo más maravilloso estamos haciendo!' Y no olvidarán a las muchas personas que llegaron antes preparando el camino.

No me malinterpretéis: puedo ver vuestra felicidad. Pero también que vuestro trabajo es una pesada carga. A veces cuando habláis con el corazón brotan los sentimientos, no exactamente amargos, pero algunos denotan el peso de vuestra labor – un trabajo realmente duro. Y que quizás no siempre recibe el reconocimiento de los demás.

Consideremos el tipo de ayuda que la Compañía puede dar al trabajo entre los refugiados. En primer lugar esta nueva dirección tiene implicaciones para el trabajo de la Compañía aquí en Tailandia. A esto le estoy llamando una nueva dimensión, involucrará una colaboración con los que ya están trabajando en Tailandia. Como su padre superior ya me ha indicado, esto significará un cargo adicional para todos. Significará también sacar a

alguien de su trabajo actual para lo que es virtualmente un nuevo trabajo de tiempo completo – mientras a ustedes les falta tanta gente.

Yo veo mi compromiso, entonces, no únicamente con el actual apostolado tailandés, sino también con este nuevo apostolado con los refugiados. A causa de esta nueva dimensión, la compañía entera debería apoyar el trabajo directo que están realizando los Jesuitas en Tailandia.

La otra cuestión trata de una nueva posible apertura a partir de aquí. El trabajo para los refugiados puede y debe tener un efecto grande en la imagen de la Compañía en Tailandia. Ustedes deberían tener un gran beneficio de eso. Pero si esto sucediera, la decisión debe ser tomada por la Compañía aquí en Tailandia. Únicamente podemos empezar en este trabajo inmenso poco a poco mirando en adelante y buscando el camino. Muy probablemente tendremos que buscarlo diariamente.

Actualmente la situación por todos lados del mundo esta cambiando muchísimo. Entonces es muy difícil tener un plan establecido. ¿Un plan de diez años? ¡Perdónenme no! Si tuvieran un plan de dos años quizá sería suficiente, o aun un plan diario, porque la situación está cambiando siempre. Ya que ustedes están haciendo pruebas constantemente. Y es allí donde entra la prudencia, la prudencia de tomar riesgos calculados. No tienen porque tener certeza del cien por ciento. En el mundo actual nadie puede tener certeza al cien por ciento.

Por la misma razón hay aún riesgos grandes que deberían tomarse en muchos lugares. "¡Me equivoqué!" Bueno lo que eso quiere decir es que hicimos un discernimiento comunal como grupo y entonces definimos una política y esta política debe ser flexible, precisamente para que podamos hacer más pruebas. En todo esto ustedes tienen que pensar y orar como grupo, si van a descubrir una política general, y los principios que aceptarán todos. "La elasticidad" de esta experimentación y este arriesgar debe ser únicamente en una sola dirección – la dirección indicada por el Espíritu Santo.

¿Y unidad? Si, es importante. Compartimos la misma espiritualidad y el mismo compromiso con Cristo. "La excelencia" como piensa San Ignacio, no es excelencia escolástica aunque puede incluirla. La excelencia real consiste en compromiso con Cristo. Tenemos que ser excelentes en nuestro compromiso...

Acaso lo que el P. Ando [Isamu] estuvo diciendo sea una utopía, pero sería fabuloso para la compañía contar con no cristianos trabajando por los

pobres en las aldeas, viniendo motivados por la filantropía. Si pudiéramos crear una situación de este tipo, tendríamos enormes posibilidades para nuestra labor en Tailandia. Entonces estaríamos colaborando con las personas con un mayor impacto del que lograríamos si lo hiciéramos a través de los pocos católicos que hay en Oriente. Y a través de los medios de comunicación podemos presentar cuestiones de una manera humana, y de esta forma multiplicar el trabajo y sus efectos. En este sentido, podemos construir, indirectamente, el país.

¡Esto aumentaría la pre-evangelización hecha por no cristianos! De hecho, ciertamente, por definición, no hablamos de Cristo durante la pre-evangelización. No podemos hablar de Cristo, aunque tengamos no cristianos participando con nosotros de la buena nueva. Veo que un nuevo comienzo en el trabajo con los refugiados para este apostolado. Pienso que será bueno ir pensando en ello.

Diré una cosa más, y por favor no lo olviden. Recen. Recen mucho. Los esfuerzos humanos no resuelven problemas como estos. Les estoy diciendo cosas que quiero enfatizar, un mensaje -tal vez sea este mi último canto para la Compañía-. Oramos al principio y al final, ¡somos buenos cristianos!. Pero nuestras reuniones de tres días, si utilizamos la mitad del día en oración sobre las conclusiones que esperamos encontrar, o sobre nuestros puntos de vista, tendremos "luces" muy distintas. Y alcanzaremos unas síntesis muy distintas - a pesar de puntos de vista distintos- puntos que nunca podríamos encontrar en libros ni alcanzar a través de discusión.

Aquí mismo tenemos el caso clásico: Si fuéramos en realidad en la línea de frente de un apostolado nuevo de la Compañía, tendríamos que ser iluminados por el santo espíritu. Estas no son las palabras piadosas de un maestro de novicios. Lo que yo estoy diciendo es cien por ciento desde San Ignacio. Cuando decidí venir a Tailandia, me dijeron que podría yo visitar los campamentos de refugiados. Ya he estado en campamentos antes. Lo que hemos hecho aquí es mucho más importante, estoy tan feliz y creo que es providencia el venir aquí.

Debe haber una unidad básica de mentes para este nuevo tipo de apostolado que está a punto de nacer. Lo que nos está pasando aquí es el "dolor de partos" antes que nazca este nuevo apostolado. ¡Con esta observación médica concluyo mi charla!

Pedro Arrupe SJ, 6 de agosto de 1981

Dos Padres Generales al servicio de los refugiados Creado por el P. Arrupe e implementado por el P. Kolvenbach

Trabajando con los refugiados, cada vez me doy más cuenta de que o me entrego totalmente o mejor sería no hacer nada. La gente que muere de hambre, sin techo, sin amigos, fácilmente pierde el sentido de su dignidad humana. No basta con darles lo que necesitan. Debo dar de tal manera que lo que dé les permita recuperar su autoestima, su dignidad humana, de manera que se reavive su esperanza y confianza en la humanidad.

La visión compartida por Bill Yeomans, un jesuita australiano que acompañó a los refugiados en Asia Pacífico durante años hasta su muerte en 1989, captura el espíritu del Servicio Jesuita a Refugiados (JRS) imbuido por su fundador Pedro Arrupe. El centenario de su nacimiento es un buen momento para recordar la visión única del P. Arrupe de crear un servicio a los refugiados un 14 de noviembre de 1980, una visión en la que han participado y a la que se han adherido fielmente miles de jesuitas y sus colaboradores a lo largo de los años.

El JRS fue el último proyecto impulsado por el P. Arrupe como Superior General de la Compañía de Jesús. Su interpelación, *Dios nos está llamando a través de los desamparados*, surgió del hiriente clamor de los refugiados vietnamitas, y que fue secundado por muchos jesuitas. La prioridad de estos pioneros era simplemente estar en los campamentos. El suyo fue un enfoque personal basado en la percepción de que el problema de los refugiados en el mundo es la historia de millones de millones de vidas particulares. Pierre Ceyrac, un jesuita francés, solía dedicar de dos a tres horas diariamente sólo caminando y encontrándose con gente, el *ministerio paseante*, como su compañero, un jesuita americano llamado John Bingham,

solía llamarle. *Continuamente se nos acercan refugiados que quieren que escuchemos sus problemas, que necesitan que les ayudemos a rellenar formularios y que quieren confiarnos sus secretos.*

El P. Arrupe estaba pletórico por cómo el JRS avanzaba: *Veo una gran puerta que se abre para la Compañía, y no sólo en lo referente al trabajo entre los refugiados. Esta labor será una escuela en la que aprenderemos muchas cosas.* Estas palabras las dijo el 6 de agosto de 1981, durante un encuentro en Tailandia con 16 jesuitas implicados en el apostolado, donde se acordó que el camino a recorrer se basa más en un ministerio de *estar con* más que en *hacer por*. La charla del P. Arrupe iba a ser su *canto del cisne* para la Compañía; al día siguiente, al regresar a Roma, sufrió un colapso que le dejó impedido para hablar y con una parálisis parcial.

Extendiéndose rápidamente por el mundo, el JRS siguió floreciendo bajo el Padre General Peter Hans-Kolvenbach, que hizo propio el llamamiento de su predecesor y lo trasladó a cada uno de los jesuitas: *Nuestro servicio a los refugiados es un compromiso apostólico de toda la Compañía... un examen real de nuestra disponibilidad hoy en día.* Los jesuitas formaron equipos del JRS junto a miembros de otras congregaciones y laicos, que desde el principio formaron parte de la organización. Su presencia en los campamentos pronto se tradujo en servicios de asistencia y educación, así como en actividades de advocacy. Dado que los trabajadores del JRS eran testigos de la injusticia, sintieron la necesidad de denunciar las violaciones de los derechos fundamentales de los refugiados. En los noventa, la expansión en el terreno fue correspondida con la creación de oficinas en Washington, Ginebra y Bruselas, para llamar la atención de los que toman decisiones políticas internacionales llevándoles las preocupaciones de los trabajadores sobre el terreno.

Tras ir acotando a lo largo de los años, la misión del JRS fue oficialmente anunciada y apoyada en 1995 en la Congregación General 34: *Hay más de 45 millones de refugiados y desplazados en el mundo hoy en día... El Servicio Jesuita a Refugiados acompaña a muchos de estos nuestros hermanos y hermanas, sirviendo a su causa en un mundo que no se preocupa por ellos. La Congregación General llama a todas las Provincias a apoyar al Servicio Jesuita a Refugiados en todas las formas que sea posible.*

El objetivo último de la misión es apoyar lo que el P. Mateo Aguirre, veterano director del JRS, denomina la *dignidad de la esperanza*, en su colabo-

ración con este folleto. El P. Kolvenbach destacaba a menudo que de esto trata el JRS: *Lo que está muy claro es que el JRS lleva esperanza. Los refugiados entienden que sois personas que os interesáis por ellos, que realmente creéis que tienen un futuro. La manera de actuar del JRS es realmente elegante. Se involucra con la gente víctima de la injusticia, de la violencia, del desorden, que da lo mejor de si mismo para que los refugiados puedan liberarse de su desesperación.*

Los tres pilares del JRS - acompañamiento, servicio y advocacy - se combinan para generar esperanza. *El simple hecho de que el JRS exista, y que esté presente donde ellos están, es para los refugiados una señal de esperanza. Pero el JRS nunca se considerará a si misma como una institución que sólo acompaña a las personas en situación de desesperanza. Si el JRS está presente, también trabajará en advocacy. Esto es crucial porque es una cuestión de justicia.* Rememorando las palabras del P. Arrupe, el P. Kolvenbach describe la justicia como *el camino concreto del amor*, y lo argumenta: *Esto significa que debemos llevar a los pobres, a los refugiados, de regreso a la sociedad. Tienen derecho a poder regresar. Estoy muy agradecido por lo hecho en los campamentos, no sólo por ayudar a los refugiados a pasar el tiempo, sino por ayudarles a preparar su futuro.*

Este objetivo se ha conseguido también mediante proyectos que ponen un énfasis ignaciano en la educación y la formación, que pasa de la mera supervivencia al desarrollo, para estar plenamente vivo. Con su presencia, los trabajadores del JRS pueden aprender cuáles son las necesidades y esperanzas de los refugiados, y diseñar proyectos de acuerdo a ello.

Mediante su presencia y actividades, el JRS se siente cada vez más llamado a promover la paz y la reconciliación. Erradicar el odio y el antagonismo, evitar conflictos, étnicos, religiosos o por otras diferencias, subsanar malentendidos entre las poblaciones de acogida y los refugiados, es un reto constante de este trabajo. Hablando específicamente sobre reconciliación, el P. Kolvenbach aseguró a los directores regionales que *la Compañía se siente orgullosa del trabajo del JRS, cuya implicación concreta dice más que las palabras.*

Para llevar a cabo la misión del JRS, los jesuitas trabajan en un dinámico partenariado con los no jesuitas. De hecho, el JRS no existiría sin la ayuda de todos los demás. Al mismo tiempo, el JRS encuentra su fuente y motivación en el espíritu ignaciano y en la manera de proceder, y depende mucho del apoyo y de los recursos de las instituciones de la Compañía de

Jesús. El papel desempeñado por los jesuitas en el JRS sigue siendo crucial y no es más que un catalizador, en palabras del P. Kolvenbach: *Creo realmente que la presencia de los jesuitas en el JRS hace de catalizador. Asegura que todo se mueva aún cuando este mismo movimiento se comparta con otros.*

A lo largo de su mandato, el mensaje clave del P. Kolvenbach para el JRS ha sido simple: Permaneced leales a la visión del P. Arrupe, con la gente que, de no ser así, estaría completamente abandonada y olvidada. Hoy en día, la creciente complejidad del fenómeno de la emigración forzosa implica que los trabajadores del JRS están llamados a acompañar a los desplazados no sólo en los asentamientos de los campamentos tradicionales, sino también en los centros de detención para solicitantes de asilo, en los asentamientos para los desplazados internos en las zonas de conflicto, y en los centros urbanos donde luchan por sobrevivir. En reiteradas ocasiones, el P. Kolvenbach ha dicho: *Agradezco que el JRS permanezca fiel al ideal del P. Arrupe, aún más cuando ha comprendido la necesidad de la advocacy, el trabajo estructural y una mejor organización.*

Hoy, el JRS cuenta con más de 1.000 trabajadores en más de 50 países; una organización de este tamaño requiere de una estructura administrativa y de coordinación así como de estrategias de gestión, sin embargo, el JRS no se ha convertido en una organización pesada y burocratizada. El JRS sigue *ligero*, ya que tanto el P. Arrupe como el P. Kolvenbach estaban convencidos de que así debía ser: una organización peregrina presta a moverse con la gente, a ir adonde se la necesita. Esta flexibilidad es crucial para el JRS, que sirve, según la prioridad ignaciana, donde hay mayores necesidades, cerrando proyectos donde ya no son necesarios e iniciando nuevos donde sea necesario. *La misión es estar en movimiento, estar siempre disponible a responder con premura*, dijo el P. Kolvenbach. *No hemos sido llamados para quedarnos siempre en el mismo lugar, con la misma gente, sino para ser como San Pablo, para empezar algo e irnos al terminar nuestra labor, constantemente en busca de necesidades de las que nadie se ocupa.*

Ir a aquellos lugares a los que otros son, por la razón que sea, reacios a ir, buscar a los refugiados más olvidados y estar con ellos, no son tareas fáciles. El P. Arrupe lo sabía bien. El 6 de agosto de 1981, dijo a los jesuitas que trabajaban en los campamentos: *Estáis haciendo un trabajo importante, aunque difícil.* Años después, en 2006, el P. Kolvenbach dijo: *es mucho más fácil... ayudar de manera que uno no sufra. Haces sólo tu trabajo y no más. Pero este no será la forma para quienes trabajen en JRS.*

Sus palabras fueron recogidas por Katrine Camilleri, una abogada que ha trabajado con el JRS Malta durante más de 10 años y que recibió el Premio Nansen para los Refugiados 2007, que otorga Naciones Unidas. Durante su discurso de aceptación, dijo esto sobre su trabajo con los detenidos: *Acompañar a los solicitantes de asilo y a los refugiados no es siempre fácil... no sólo porque tenemos que compartir su impopularidad, sino también porque, al fin y al cabo, este trabajo es un encuentro diario con un gran sufrimiento, y con el sentimiento de impotencia por no poder hacer todo lo que quisiéramos.*

Agradezco que el JRS permanezca fiel al ideal del P. Arrupe

Este trabajo ha costado algunas de sus vidas. El 26 de septiembre de 2007, apenas una semana antes de que Katrine recibiera el Premio Nansen, el coordinador del JRS Mannar en el norte de Sri Lanka, un país castigado por la guerra, murió al estallarle una mina antipersona cuando iba a suministrar ayuda a huérfanos y a desplazados. En una carta de condolencia al JRS Asia del Sur, el P. Kolvenbach escribió: *Las vidas del Ranjith y de Katrine, así como la de tantos trabajadores del JRS en todo el mundo, ponen de relieve el profundo significado de la triple misión del JRS.*

Los retos inherentes en el trabajo con refugiados nunca han detenido la voluntad firme de tantos voluntarios a unirse al JRS. Los jesuitas y otras personas ofrecen su tiempo, su talento, su profesionalidad y a sí mismos para vivir la misión del JRS de una forma que enorgullecería al P. Arrupe.

Danielle Vella, Responsable de Información de la oficina internacional del JRS, 1999 - 2002

Una fe que fructifica

Después de todos estos años, el carisma del P. Arrupe todavía sigue bien y realmente vivo. La misión del JRS se reafirma cuando vemos a tantas personas que llegan de diferentes partes del mundo, dispuestas a seguir acompañando, sirviendo y reivindicando la causa de los refugiados, tomándose seriamente la dignidad de todos y cada uno de los seres humanos.

Innumerables equipos del JRS han mantenido la fe con la visión del P. Arrupe. Recuerdo, por ejemplo, cómo la prioridad del JRS Bukavu (en el antiguo Zaire), era pasar el tiempo con los refugiados, escucharles. Los proyectos surgieron de este acompañamiento, como una iniciativa para ayudar a las víctimas del trauma. Sin embargo, lo más importante no era el programa en si, sino nuestra presencia junto a los refugiados traumatizados. Nuestra respuesta no estaba preparada, era espontánea. Los miembros del equipo salían a las 8 de la mañana y regresaban a las 6 de la tarde. Su dedicación era realmente apreciada por los refugiados, que entendieron lo que realmente hacíamos por ellos.

Después de todos estos años, el carisma del P. Arrupe todavía sigue bien y realmente vivo.

También recuerdo nuestra labor en el campamento de refugiados de Lainé, en Guinea. El campamento estaba equipado para acoger a 6.000 personas, pero debido a la inseguridad en Liberia, la población alcanzó los 30.000. Como contraparte implementadora de la agencia de la ONU para los refugiados (ACNUR) para la educación informal, el JRS aprendió una importante lección: eran, concretamente, los propios refugiados quienes nos decían qué querían aprender. El proyecto fue debatido y modelado por los refugiados, no por el JRS. Los refugiados pedían actividades para fomentar la autosuficiencia en el campamento y ya pensando en su regreso a Liberia. Nos dijeron que querían aprender a hacer jabón - el área era rica en aceite de palma - y a teñir ropas, una actividad tradicional de la región. La directora del proyecto del JRS, la Hermana Covadonga Orejas, de las Carmelitas de Vedruna, se encargó de garantizar que los deseos de los refugiados se cumplieran, como un claro signo de la dignidad de la esperanza.

Mateo Aguirre SJ, Director Regional del JRS África Occidental, 2001 - 2007

La historia de Taona

Taona nació en Mozambique hace 14 años, después de que la insurrección del movimiento anticomunista de la RENAMO hubiera ya arrasado gran parte del país. A la edad de diez años, sabía más de la muerte que de la vida. Por aquel entonces, a su padre le estalló una mina antipersona y a los pocos días su aldea fue incendiada. Su madre decidió que si querían salvar la vida, debían huir, de manera que se dirigieron a Zimbabue. Taona pasó los siguientes tres años en el campamento de Mazowe River Bridge, convirtiéndose en uno más de los 30.000 refugiados que había tras las alambradas. Todo lo que recordaba de su tierra era fuego, armas, hambre y muerte.

Cuando Taona tuvo su propia pastilla de jabón y su propia toalla, consideró que era algo demasiado precioso como para utilizarlo a diario.

Taona enfermó y llegó a nuestro hospital. Se le diagnosticó un cáncer. La primera vez que lo vi, el tumor en su vientre era enorme, y ya había perdido tanto peso, que no podía andar sin ayuda. Sin embargo, insistía en sentarse fuera, en la barandilla, para mirar a las enfermeras y a otros pacientes.

Taona era valiente. Jamás le vi llorar. Cuando sentía un espasmo de dolor, su expresión cambiaba y su rostro, repentinamente, parecía el de un anciano. Cada vez que le visitaba, me preguntaba si podía encontrar alguna medicina para sacar el bulto de la barriga. Cada vez tenía que decirle que no lo había conseguido.

Un día le pregunté a Taona si había algo más que pudiera hacer por él. Primero dudo, pero después, con una voz más suave de lo habitual, me pidió si podía conseguirle una pastilla de jabón. Y añadió que nunca en toda su vida había tenido una para él solo - ni en su hogar en Mozambique, ni en el campamento, ni aquí en el Hospital. El otro visitante que vino conmigo ya estaba en la puerta de cuidados intensivos

cuando Taona me hizo la señal pidiéndome que regresase. ¿Podría pedir un segundo deseo?, preguntó. ¿Podría tener una toalla? Tampoco nunca había tenido su propia toalla.

Cuando Taona tuvo su propia pastilla de jabón y su propia toalla, consideró que era algo demasiado precioso como para utilizarlo a diario. Guardó su brillante toalla roja y amarilla perfectamente doblada junto a su almohada, y debajo de la toalla, la pastilla de jabón.

Después de cada crisis de dolor y antes de quedarse dormido por unas pocas horas, cogía el jabón de debajo de la toalla, y se la acercaba a la nariz, la olía con los ojos cerrados y la volvía a guardar bajo la toalla.

A últimas horas de un sábado por la tarde, me llamaron al hospital. El final de Taona era inminente. Su rostro ahora estaba en paz y por primera vez desde que le conocí, su rostro parecía al del chico de 14 años que era. La toalla seguía allí, perfectamente doblada junto a la almohada.

A la mañana siguiente enterramos a Taona en el pequeño cementerio que hay detrás del hospital. Se cavó su tumba en un lejano rincón del cementerio, reservado para los refugiados mozambiqueños que morían en el hospital. Los funcionarios gubernamentales nos pidieron que los mantuviéramos aparte. Algún día, las autoridades mozambiqueñas podrán reclamarlos. Taona fue cubierto por una fina y blanca sábana en una camilla de caña al que se encontraba atado por los pies, la cintura y el cuello. Cuando ponían a Taona en su tumba, una anciana se acercó, se arrodilló y con mucho cuidado colocó la toalla y la pastilla de jabón junto a su cabeza. El jabón aún mantenía su envoltorio.

Dieter B. Scholz SJ, Director Internacional del JRS, 1984 - 1990

Te he llamado por tu nombre

Una de las primeras cosas que hice cuando empecé a trabajar con refugiados como novicio, en 1995, fue pasear cada día por los campamentos con mi compañero Jacob Okumu, y aprender los nombres de los jóvenes de allí. A medida que más les llamemos por sus nombres, la etiqueta de 'refugiado' irá desapareciendo de nuestra mente, y más rápidamente fortaleceremos nuestras relaciones. Nuestra percepción mutua cambió. Aquellos a los que conocimos nos mostraron que eran individuales y únicos, a los que podíamos relacionar e identificar con estima y aprender de ellos. Aquellos cuyos nombres no aprendimos, permanecieron como 'refugiados' hasta que nos fuimos. Cuando nos llegó el momento de regresar al noviciado, nuestros nuevos amigos nos preguntaron porque habíamos ido a estar con ellos si no podíamos quedarnos. Habíamos estrechado lazos, aunque el tiempo fue breve, apenas unos pocos meses.

No se trataba sólo de que el JRS acompañara a los refugiados; nos acompañábamos unos a otros.

En 2000, regresé a Tanzania como maestrillo. Estuve dos años trabajando en Radio Kwizera (RK) en el distrito de Ngara y en los campamentos del distrito de Kibondo. Nunca se me ocurrió pensar en aquellas personas con las que trabajé en el equipo de RK como 'refugiadas'. En un espíritu de colaboración, a menudo nos referíamos a ellos como el equipo de Kirundi ya que trabajaban en los programas en lengua Kirundi. Pero lo más normal es que nos dirigiéramos a ellos por sus nombres. Había una gran atmósfera de colaboración mutua, interacción, respeto, y un sentimiento compartido de responsabilidad en la creación de una filosofía de RK, *sembrando semillas de esperanza* a través de la promoción de la paz y de la reconciliación y de nuestras noticias y programas de medio ambiente, salud, educación y entretenimiento. La camaradería creció entre los miembros de RK indistintamente de si eran tanzanos o burundeses. Éramos parte de un equipo.

Lo mismo ocurría con los jóvenes burundeses de los campamentos. No se trataba sólo de que el JRS acompañara a los refugiados; nos acompañábamos unos a otros. Nuestro objetivo y visión era construir una

comunidad de esperanza a través de la oración y la plegaria, la reconciliación, la preocupación por los más pobres, las visitas y los cuidados a los enfermos y, lo más importante, mediante la celebración de la vida juntos. No ofrecíamos servicios a los refugiados; respondíamos juntos a sus necesidades. Construimos una iglesia y aulas, organizamos talleres y seminarios sobre liderazgo y educación entre iguales, programamos servicios sociales y pastorales y evaluamos nuestras actividades. Trabajamos juntos y a través de su experiencia reconocimos nuestras fortalezas y debilidades. Creamos una atmósfera estimulante que ofreciera servicios y actividades de advocacy. Los refugiados se identificaban con el JRS y formaban parte de nuestra misión y familia.

El tiempo que pasé con las personas que vivían un exilio forzoso me convenció de que ellos tienen tanto que ofrecer como aquellos a quienes servimos tienen tanto que recibir. Quizás vivan en un entorno de incertidumbre, pero los refugiados se sienten a menudo esperanzados, felices, dichosos, y trabajan duro, especialmente cuando se les ofrecen apoyos y oportunidades. No hay que verles como meros receptores de las agencias de ayuda humanitaria nacionales, no gubernamentales e internacionales. Reconocerles y tratarles por encima de todo como personas en circunstancias difíciles, con sus derechos y obligaciones, cambia la manera de verlos. En Tanzania, a menudo esto se concreta en permitirles que cultiven sus propios alimentos en áreas designadas y dejarles que vendan sus productos, de manera que puedan contribuir a cubrir sus necesidades. También significa alentarles a cultivar y a plantar árboles, aún cuando corten otros para utilizar su leña para uso doméstico. En consecuencia, se les vería menos como una amenaza medioambiental o a la seguridad.

Dirigirnos a los refugiados por sus nombres es un poderoso medio de reconocer que todos y cada uno de nosotros somos personas valiosas con derechos propios. Juntos tenemos mucho que compartir para contribuir al desarrollo de los países de acogida mientras esperan poder regresar con dignidad y seguridad a sus países.

Deogratias M. Rwezaura SJ, Director del Proyecto de Kibondo, JRS Tanzania, 2001 - 2002

Un mundo invisible

En el otoño de 1998, me encontraba en la mitad de mi tercera probación en Berlín. Durante mis 16 años en la Compañía, nunca había salido de mi mundo marcado por la enseñanza y por el trabajo con jóvenes. Cuando llegó el momento de probar un experimento, quise hacer algo diferente, servir, como nunca antes lo había hecho, a la justicia. Quise viajar más allá de las fronteras del 'mundo desarrollado', a África. El JRS parecía el más dispuesto a ofrecerme tal oportunidad.

Al principio me sentí decepcionado. No podía ir de inmediato. No es fácil llevar a una persona a un campamento de refugiados si su papel, su estatus o el servicio a ofrecer no está claramente definido. Empecé a trabajar para el JRS Berlín con Bernd Guenther y Stefan Taeubner. Fue una introducción valiosísima a un mundo hasta entonces invisible a mis ojos. Diez años después de la reunificación alemana, el impacto de la caída de las fronteras era quizás más claramente visible en Berlín que en Londres. Visité dos centros donde se encontraban detenidos la mayoría de jóvenes. Las autoridades sospechaban que a menos que los detuvieran, había 'sospechas razonables' de que podrían huir.

Allí percibí el extraño limbo en el que se encuentran los refugiados de larga duración

Aparte del incansable trabajo de Bernd con los solicitantes de asilo y de Stefan con la comunidad vietnamita, recuerdo algunas cosas de aquellos tiempos, empezando por las exasperantemente injustas políticas de detención. Replicada por toda Europa, éstas pretenden combinar el respeto a los derechos de los solicitantes de asilo con la necesidad de enviar un mensaje claro a quienes podrían aprovecharse y abusar del sistema, lo que a menudo termina en que no se ha hecho ninguna de las dos cosas. La fe y la oración fueron profundamente importantes para muchas de las personas detenidas en aquellos centros, tan secularizados, de Berlín y sus alrededores. Rezaban y cantaban desde sus corazones. Recuerdo aquellos pequeños actos deshumanizadores que eficientemente se infligían en nombre de la preservación de nuestro *estilo de vida*. Compré un trozo de pollo para un africano al que estaba visitando. Entregué la pata del pollo, entera, en la entrada y ésta apareció en la otra parte del cristal desmenuzado tras ser examinada y con un aspecto mucho menos apetecible que

antes. Resultaba doloroso ver cómo a aquellas personas que habían llegado a Europa, ignorando sus leyes, sólo les quedaban sus historias personales. Aún no estoy seguro de si la que me contaba una y otra vez un joven, a menudo con lágrimas en los ojos, era cierta o si acaso necesitaba creerla a cualquier precio para escapar de su desesperante cotidianidad. Luego está la hipocresía de los estados que deportan a los que han conseguido detener, a menudo brutalmente, contratando vuelos charter y echándolos sin ningún tipo de miramientos a ciudades de países en desarrollo - mientras que, por su parte, quienes reconstruyen y sirven sus ciudades son una legión de trabajadores invisibles que, por razón de su estatuto migratorio, carecen de derechos laborales.

En una ocasión tuve la oportunidad de pasar dos meses en Kenya. Estuve tres semanas en Nairobi, visitando no sólo proyectos del JRS, sino también la parroquia de los jesuitas en el suburbio de Kangemi. No puedo olvidar a una niña que vivía con su madre, hermanos y hermanas en una construcción de madera del tamaño de una caseta de jardín y cómo lloró porque pensaba que yo era el hombre que iba a pagar sus estudios y no lo era. Ni la aún más pequeña estructura repleta de niños, en cuyo centro una mujer silenciosa infectada por el VIH, atrapada entre la pobreza y la prostitución por la necesidad de educar a sus hijos. En este contexto, en el que los recursos para los ciudadanos son tan escasos, pude ver cómo millares de refugiados que huían de conflictos armados de toda la región estaban, por una parte, mejor protegidos de la pobreza que otros, pero, por otra, teniendo que soportar el resentimiento y la ineficiencia similares a la de sus colegas en Europa. Mirando las noticias en Nairobi, me di cuenta de cuántas guerras hay en África. Mientras que en Inglaterra a lo sumo leerás una noticia breve sobre África en el periódico *The Guardian* en toda una semana; pero aparte de Zimbabue y, puntualmente, de Sudáfrica, el continente y sus conflictos son generalmente invisibles. La cifra abrumadora de refugiados y de desplazados internos pone a los controles de asilo europeos ante una aciaga perspectiva.

Finalmente pasé un mes en el campamento de refugiados de Kakuma, gestionado por la Federación Mundial Luterana, en nombre de la agencia de la ONU para los refugiados (ACNUR): posiblemente el mes más interesante de mi vida. En el equipo del JRS estaban Maureen y Diane, responsables de los proyectos de educación, y Dorothy, responsable de los proyectos de servicios sociales con una dimensión terapéutica. Allí percibí el extraño limbo en el que se encuentran los refugiados de larga

duración, atrapados en campamentos en un lugar desértico, que fue cedido por el gobierno de Kenya al ACNUR, sin consultarlo antes a los turkana, la tribu nómada local. Las tensiones entre ambos grupos podría incluso llegar a estallar. Allí pude ver la importancia de la educación y la fuerza de la ética empoderadora del JRS. El trabajo principal de Maureen era conseguir becas para que los refugiados sudaneses pudieran acudir a las escuelas de Kenya, preparando así una generación educada para que cuando regresen estén en condiciones de contribuir a la reconstrucción de su país; el gran proyecto de Diane era crear un programa de educación superior a distancia. El de Dorothy se dirigía a los más vulnerables, especialmente a las mujeres, ofreciendo un sitio para estar las mantenía protegidas de un entorno de incomprensión.

¿Qué podía hacer yo allí? Algo aunque no mucho. Podía dedicarme un poco a la enseñanza, pasar algún tiempo con la gente, y ayudar algo en proyectos de construcción. Mientras estuve allí, los sacerdotes responsables de las diferentes comunidades tribales católicas del campamento acudieron a una reunión en Tanzania. Así que me convertí en el párroco durante casi un mes, yendo de una parte a otra montado de paquete en una bicicleta. Cuando estalló un enfrentamiento entre grupos tribales rivales - con algunas víctimas mortales y la quema de toda un área del campamento - me di cuenta de la importancia que tenían los líderes eclesiales, en este caso, los catequistas, en el proceso de reconciliación. Y conocí a algunas personas maravillosas, de una profunda fe, de una gran generosidad, que crecían y sobrevivían juntos en un sorprendentemente maravilloso, aunque duro, entorno.

La riqueza de esta experiencia con el JRS me fascina, aún hoy cuando escribo sobre ello ocho años después. He vuelto a trabajar en escuelas de secundaria, pero esos meses cambiaron mi conciencia. Hay un sentimiento de conexión global que no tenía antes, una realidad invisible en las calles de Londres. Aún tengo mi piedra roja, recogida en el lecho de un río seco que antaño cruzaba el campamento y que utilizo en reuniones y presentaciones. No puedo hacer mucho, pero al menos puedo hacer que se escuchen sus voces, y gracias a que sigo en contacto con los compañeros jesuitas involucrados en el JRS, dar a conocer esa gente y sus historias, y alentar la generosidad hacia aquellas personas que fueron tan generosas conmigo.

John Moffat SJ,

Trabajador de Pastoral, Berlín, JRS Alemania; Kakuma, JRS Kenya, 1998 - 1999

La identidad jesuita específica del JRS

Un cuerpo para el espíritu

Dominique Bertrand SJ, en su libro *Un Corps pour l'Esprit*, describe las Constituciones como un cuerpo dado al espíritu de la recién fundada Compañía de Jesús. Las Constituciones reflejan temas y problemas concretos asociados al rápido crecimiento y madurez de la Compañía, alcanzada apenas 18 años después de su fundación.

De manera similar, el JRS fue creado a partir de la inspiración del P. General Pedro Arrupe. Diez años después, el P. Kolvenbach elaboró su declaración de inicio de la misión en su carta referente al JRS. Al comparar ambos procesos, vemos que primero están la inspiración, la involucración y una declaración resumida de la misión, y que luego están la formación de estructuras un cuerpo constitucional, que no son objetivos en sí mismos, sino más bien un apoyo a la misión. En otras palabras, el espíritu se encarna en un cuerpo para ser efectivo.

La promoción humana integral

Una gran preocupación del P. Arrupe fue la atención pastoral a los refugiados. Quería que los trabajadores del JRS estuvieran con ellos. De este acompañamiento emergen diferentes actividades para responder a necesidades específicas. No es cuestión de elegir entre trabajo pastoral, educativo u otra tarea de desarrollo, cada uno es esencial para el otro.

Un apostolado en primera línea

A menudo, el trabajo con refugiados se halla, literalmente, en la primera línea del apostolado. A veces, los que trabajan con ellos están en situación de riesgo. Los refugiados suelen vivir cerca de áreas afectadas por conflictos, a lo largo de fronteras remotas con infraestructuras precarias y otras circunstancias difíciles. El JRS se apoya en el criterio de las Constituciones para discernir a quién deberíamos servir: aquellos que se encuentran en situación de mayor necesidad, donde los frutos de nuestra labor sean mayores, y donde el efecto de este trabajo se perciban más ampliamente como "multiplicadores" (Const. 622). En caso de dudas las Constituciones sugieren dar la preferencia a los beneficios espirituales por encima de los físicos; elegir lo más urgente; trabajar

donde nadie más trabaja; elegir los trabajos de menor duración; hacer lo que beneficie a un mayor número de personas (Const. 623).

El surgimiento de un mercado global, de nuevos sistemas de comunicaciones y de culturas dominantes han dejado muchas víctimas y perdedores. Los refugiados están en la punta del iceberg del fenómeno global de las crecientes migraciones, voluntarias o, en la mayoría de los casos, forzosas. Si se maneja mal, el conflicto potencial es alto. Nos enfrentamos a dos elecciones: mantenernos al margen o posicionarnos junto a las víctimas. Junto a otras organizaciones de la Iglesia como Caritas, el JRS está ahí como uno de los grandes apostolados de primera línea. La Iglesia a menudo se gana el respeto de otras organizaciones como consecuencia de la decisión del JRS de implicarse en este trabajo.

Énfasis en la educación

En la amplia diversidad de sus actividades, la educación destaca como uno de los principales componentes del trabajo del JRS. La mayoría de ONG trabajan en los temas más básicos como alimentos, alojamiento, ropa o asistencia médica; la educación no se encuentra en la lista de prioridades de la agencia de la ONU para los refugiados (ACNUR). No obstante, es muy importante para la propia vida de los campamentos y para el futuro de los niños refugiados. El JRS ha asumido programas educativos de educación primaria y secundaria, y en menor medida, de educación superior. El servicio del JRS se encuentra, por lo tanto, plenamente dentro de la tradición de la Compañía de Jesús.

Movilidad

Con la fundación de muchas escuelas, la vieja Compañía de Jesús ciertamente perdió parte de su movilidad inicial. El JRS la ha recuperado. El P. Arrupe pidió a los jesuitas que abandonasen su trabajo para ponerse a disposición de los refugiados, para ir a países desconocidos y para vivir en culturas extrañas durante años. Si bien el JRS no echará raíces por mucho tiempo, acompañará a los refugiados hasta que estos regresen a su hogar. Cuando surgen las necesidades, se moviliza. Parece que el JRS ofrece a los jesuitas una nueva oportunidad para la implicación misionera.

Colaboración con el laicado

El documento *Cooperación con el Laicado en la Misión* de la CG 34 cita al JRS como un ejemplo. El acento en la cooperación parece ser una

novedad, pero en realidad no lo es. Ignacio busca el apoyo y la colaboración de otros, para muchas de sus iniciativas apostólicas, por ejemplo, la Casa de Santa Marta para chicas. Tras asumir la responsabilidad de la institución durante años, Ignacio la entregó a las mujeres laicas implicadas en su gestión. Para financiar los colegios, Ignacio pidió a príncipes y obispos que fueran sus patrocinadores. Es una característica jesuita invitar a otros a unírseles para hacer un buen trabajo, para darles las pautas para hacer el bien, o para asumir la responsabilidad de un trabajo de caridad. El JRS depende de la buena voluntad de los voluntarios laicos y de los religiosos de otras congregaciones, así como de la generosidad de donantes privados y organizaciones. Sin embargo, también les facilita la estructura organizativa, y de apoyo, y, lo más importante, una visión espiritual para servir a las personas refugiadas.

Un sencillo estilo de vida

Según Ignacio, la pobreza es una coraza para preservar los institutos religiosos que les protege con su existencia y disciplina, y les defiende de los muchos enemigos (Const. 816). Ciertamente se necesitan recursos para llevar a cabo el trabajo, y se necesitan muchos recursos porque es costoso establecer un equipo en mitad de ninguna parte. Así, el JRS nunca deberá permitir moverse según la financiación, y que sea el dinero el que decida si se estará o no con los refugiados. La simplicidad en el estilo de vida y el carácter de nuestras actividades actúan como un escudo que protege el carácter jesuita del JRS.

Medios espirituales

La Compañía no fue instituida por medios humanos, y no puede ser preservada y desarrollada por ellos, sino por la mano omnipotente de Cristo, Dios y nuestro Señor (Const. 812).

La miseria y necesidades de los refugiados son tan abrumadoras que nunca conseguiremos responder adecuadamente con nuestros medios humanos. Para enfrentarnos a esta situación de desamparo frente al gran sufrimiento y sin perder la esperanza y la fuerza, los medios espirituales son más importantes que cualquier otra forma de apoyo.

Peter Balleis SJ, Director internacional del JRS, 2007 -

Los hermanos jesuitas y el JRS

La mayoría de las actividades del JRS tienen a un hermano jesuita en su corazón y en sus orígenes. Los hermanos se han involucrado en la misión del JRS desde sus primeros pasos. Desde el momento en que el P. Arrupe hizo su primer llamamiento, en 1980, *Bob Maat* (ex-Detroit), *Noel Oliver* (Pune) y *Paul Macwan* (Gujarat) fueron a Tailandia.

El compromiso de todos estos hermanos de servir a los refugiados es su respuesta a la llamada: disponerse a las personas desplazadas por la fuerza, que se encuentran entre quienes sufren discriminación, quienes están privados de su dignidad, quienes no tienen ni voz ni poder.

Otros pronto les siguieron. *Tom Williams* (Maryland) fue uno de los precursores de la formación técnica dirigida a víctimas de minas antipersona en el campamento de Ampil en la frontera camboyana, una iniciativa desarrollada dentro del programa de la Misión Jesuita en Camboya. Otros muchos procedentes de toda la región de Asia - Pacífico se ofrecieron en aquellos primeros años, como *Lionel Tremblay*, un canadiense de la Provincia de China. Radicado en Hong Kong durante los 80, apoyó directamente a los refugiados y apoyó a los muchos trabajadores del JRS que vinieron a ayudar a los refugiados indochinos. *Dinh Ngoc Tinh*, de la Provincia de Australia, trabajó con los equipos del JRS en los campamentos de refugiados de Hong Kong. Dos hermanos australianos, *Renato Zecchin* (que posteriormente fue a Pakistán como misionero, estudió teología y fue ordenado) y *Ian Cribb* empezaron a trabajar para el JRS en Pulau Bidong, un campamento de refugiados vietnamitas en Malasia. En todo el globo, en Canadá, *John Masterson* trabajó en una casa de acogida para refugiados en Toronto durante muchos años.

A medida que el JRS crecía, los hermanos se convirtieron en parte integral de su expansión en todo el mundo. *Jan Caers*, un belga (anteriormente) de la Provincia de África Oriental, viajó a Etiopía en 1984 para ayudar a las víctimas de la hambruna de Wallega. *Michael Bennett*, de Oregon, ayudó en la administración de la región de África Oriental durante años a finales de los 80. No pocos sirvieron en más de un país, como es el caso de *Fernando Breilh* de Ecuador, que primero fue a Tailandia y luego a Malawi para apoyar a los refugiados mozambiqueños a través de programas educativos. Acompañar a los refugiados de regreso a casa en Lichinga en el norte de Mozambique, ayudando a la reconstrucción de la diócesis después de la guerra y ayudando a los retornados a reintegrarse en las comunidades locales. *Nick Johannesma*, de Canadá, un veterano de Bhután y de muchas situaciones difíciles, viajó a Etiopía a principios de los 90 para poner en marcha un proyecto agrícola del JRS en el norte del país.

Herbert Liebl, un austriaco de la provincia de la Alta Alemania, primero se unió al JRS en 1990 en Malasia, donde ayudó a los menores no acompañados vietnamitas; posteriormente, en Suecia, como persona de contacto del JRS, trabajó con Cáritas local en el reasentamiento de refugiados. Luego Herbert estuvo durante algunos años en Zambia, convirtiéndose en la persona de referencia del equipo del JRS en la remota Cazombo, Angola, hasta que la guerra le obligó a retirarse muy a su pesar. Su delicado papel de supervisión de los contactos del equipo transfronterizo entre Angola y Zambia terminó abruptamente al rebrotar la guerra angoleña. Tras haberlo dado todo para construir el equipo y la comunidad local, Herbert tuvo que readaptarse a una nueva realidad de conflicto y exclusión. En los últimos años, trabajó para el JRS en Liberia, donde se unió a un equipo en el que participó *Domino Frank*, un hermano nigeriano.

Joe Shubitowski de Detroit y *Martin Murphy* de Irlanda fueron constructores. Joe ayudó a construir sólidos y magníficos edificios en los campamentos para ruandeses en Tanzania en 1995 y 1996. Unos pocos años antes, Martin había ayudado a reconstruir la misión de Angonia, en la provincia de Tete, en el norte de Mozambique, apoyando el retorno de los refugiados mozambiqueños que regresaban desde Malawi.

Los hermanos sirvieron como directores del JRS, entre ellos *Raúl González* de Venezuela, que sirvió como director regional de América Latina y como director nacional en Zambia. *Stephen Power* fue uno de los dos hermanos que abrieron la oficina británica del JRS, después de trabajar con

refugiados sudaneses en Port Sudan durante cinco años. Posteriormente fue nombrado director regional del JRS África Oriental, director nacional en Etiopía y finalmente adjunto al director internacional del JRS. El otro fundador del JRS Reino Unido, *Bernard Elliott*, ha sido un pionero en la atención a los solicitantes de asilo. Bernard comenzó a principios de los 80, mientras era ministro del Heythrop College, a acoger y a hacerse cargo de los refugiados vietnamitas. Posteriormente ayudó a camboyanos, etíopes y angoleños y a cualquiera que huyera de un reciente desastre. En el Reino Unido se le conoce como una de las personas que mejor conocen la práctica de la detención de inmigrantes.

El JRS no hubiera conseguido una base fuerte en Alemania de no ser por el apoyo de *Michael Hainz*, que inspiró y animó a muchos otros aún cuando estaba profundamente concentrado en sus estudios doctorales en sociología rural y cumpliendo con sus deberes docentes en la facultad de ciencias sociales en Munich. Un hermano francés, *Jean-Paul Wihlm*, aunque no era formalmente del JRS, trabajó tanto como enfermero y administrativo de la Cruz Roja francesa, acogiendo a los refugiados que durante años iban llegando a Francia ayudándoles a establecerse. *Alessandro Brusacoram*, fallecido repentinamente a finales de 1998, pasaba varias noches por semana ayudando en el Centro Astalli, el programa del JRS de la Provincia italiana, que fue creado por el propio P. Arrupe. *René Maurice* de Verviers, en el sur de la Provincia Belga, ha ayudado durante largos años a solicitantes de asilo, tanto dándoles consejo como mediante su trabajo de asistencia social. *Saviour Mifsud* ha cooperado con el JRS en Malta desde su creación allí, y *Paul Spiteri* como ministro de la Casa de Loyola en Naxxar, Malta, ha sido un gran apoyo en la acogida de refugiados.

El compromiso de todos estos hermanos de servir a los refugiados es su respuesta alla llamada, tal y como se define en el Decreto 7 de la CG 34, de estar *profundamente involucrados en la lucha por la fe y por la justicia lo que incluye su colaboración en todo tipo de trabajo material y técnico al servicio del apostolado y del cuerpo de la Compañía*. Muchos se han puesto voluntariamente a disposición de las personas desplazadas por la fuerza, que se encuentran entre *quienes sufren discriminación, quines están privados de su dignidad, quienes no tienen ni voz ni poder*.

Mark Raper SJ, Director internacional del JRS, 1990 - 2000

Fui un extranjero y me acogistéis

En la actualidad hay 50 millones de personas desplazadas por la fuerza, de las que el 80% son mujeres y niños. El problema va a peor. La población global de refugiados aumentó de los cinco millones de 1980 a los actuales 15 millones, que es la gente que ha huido de sus países de origen.

Con demasiada frecuencia estos refugiados terminan en centros de detención de inmigrantes. Su destino es un síntoma de la falta de capacidad o de voluntad de la comunidad internacional de gestionar la inmigración, y quienes pagan el precio más alto son los refugiados con su libertad.

La cifra de desplazados internos (IDP) - que no han abandonado su país - también ha crecido exponencialmente. En 1999, se habían registrado desplazados en 40 países frente a los sólo cinco de los años 70. Hoy, hay más de 24 millones de desplazados internos en el mundo, principalmente en Colombia y Sudán. Suele ser más difícil ayudar a los desplazados que a los refugiados, en especial cuando su desplazamiento es continuo, provocado por un conflicto prolongado, cuando el gobierno es el agresor y cuando los grupos armados son activos.

La verdadera historia de las guerras puede leerse en los rostros de los refugiados. Generaciones enteras en África, Oriente Medio, Asia y Europa han conocido sólo la vida en un campamento de refugiados. Las comunidades viven dependientes de la ayuda, las culturas se erosionan y es difícil que la educación funcione. Se asienta la desesperanza, la dignidad humana apenas se percibe. Ser un refugiado significa vivir al margen de la sociedad, social y políticamente marginado.

La experiencia del JRS revela consistentemente lo mucho que tenemos que aprender de los refugiados

Los refugiados aguardan el regreso a su casa, pero, mientras, no tienen nada que hacer. ¿Cómo podemos acompañar a los refugiados y ayudarles a reconstruir sus vidas? El reto es crear una relación sin crear dependencia.

Dios en el exilio

Este sufrimiento puede minar nuestra fe en un Dios misericordioso y compasivo. Ver y experimentar el mal nos hiere profundamente. Y preguntamos: *¿dónde está Dios en todo esto?*

La Biblia nos muestra que hace más de 2.500 años mujeres y hombres ya se formulaban las mismas preguntas. Los israelitas sufrieron guerra, violencia, hambre, persecución y exilio. Aparte del Éxodo de Israel desde Egipto a la Tierra Prometida, el pueblo de Israel tuvo que exiliarse en dos ocasiones. En el exilio, Israel profundizó en su conocimiento de Dios, y su experiencia nos sirve de inspiración a quienes trabajamos con refugiados hoy en día.

No podemos permanecer indiferentes al clamor de los refugiados. El profeta Isaías habló a la comunidad judía exiliada en Babilonia: *Y Sión decía: 'Yaveh me ha abandonado y el Señor se ha olvidado de mí'. Pero ¿puede una mujer olvidarse del niño que cría o dejar de querer al hijo de sus entrañas? Pues bien, aunque alguna lo olvidase, yo nunca me olvidaría de ti. Mira cómo te tengo grabada en la palma de mis manos (Is 49:14-16)*. Esta es la experiencia clave que debe alimentar nuestra vida espiritual. *Dios está con nosotros. Como dijo una viuda burundesa del campamento de Lukole, en el oeste de Tanzania: Dios nos entiende porque Él también perdió un hijo.*

Abrir nuestros corazones

Vengan, benditos de mi Padre, y tomen posesión del reino que ha sido preparado para ustedes desde el principio del mundo. Porque tuve hambre y me dieron comer, estuve sediento y me dieron de beber, fui forastero y me recibieron en su casa, anduve sin ropas y me vistieron, estuve enfermo y me cuidaron, estuve en prisión y me visitaron (Mt 25:34-35).

La hostilidad surge de la ignorancia, la hospitalidad de la sinceridad. La hostilidad hacia los extraños nace en un corazón con barreras, endurecido e incapaz de ver riqueza en la diversidad. La hostilidad colectiva del mundo occidental puede curarse aprendiendo de la hospitalidad de otras culturas. El cambio de hostilidad a hospitalidad ocurre cuando uno experimenta la bienvenida, ese don de abrirse uno mismo a la realidad de un particular o de una familia de refugiados.

Juan Pablo II, en su mensaje de Cuaresma de 1998, reitera que donde hay una gran hostilidad, hay una mayor necesidad de acogida: *Este clima de acogida es tanto más necesario en nuestros días, en que se constatan diversas formas de rechazo del otro. Éstas se manifiestan de manera preocupante en el problema de los millones de refugiados y exiliados, en el fenómeno de la intolerancia racial, incluso con respecto a personas cuya única "culpa"*

es la de buscar trabajo y mejores condiciones de vida fuera de su patria, en el miedo a cuanto es distinto y, por ello, considerado como una amenaza.

Acompañar a los refugiados nos ofrece a los cristianos la oportunidad especial de llegar a personas de otras religiones. Más de la mitad de los refugiados de hoy en día son musulmanes. La acogida que les brindamos es la medida de nuestra fe.

La persona en el centro

Cuando un forastero viva junto a ti en tu tierra, no lo molestes. Al forastero que viva con ustedes lo mirarán como a uno de ustedes y lo amarás como a ti mismo, pues ustedes también fueron forasteros en Egipto." (Levítico 19:33-34)

Tras las frías estadísticas hay una persona con una historia única. Es fácil desanimarse ante la visión de un enorme campamento de refugiados que acoge a 200.000 personas como en el oeste de Tanzania. Pero entonces es fácil que brote la esperanza y la solidaridad al hablar a un refugiado o refugiada que comparte sus sentimientos y su vida. Un trabajador del JRS describió el acompañamiento como un *tesoro* lleno de sorpresas.

El servicio de la Iglesia a los refugiados arraiga en una realidad sagrada: cada persona ha sido creada a la imagen de Dios y merece ser tratada como tal. La percepción pública es a menudo radicalmente distinta. Continuamente los medios de comunicación nos hablan de 'invasiones de inmigrantes'. Diferenciar entre emigración voluntaria y forzada es cada vez más difícil, como lo es distinguir entre aquellos que huyen de la muerte y de la persecución de quienes lo hacen de la miseria, de la injusticia social y de las crisis mediambientales. Europa está ocupada creando una fortaleza y los gobiernos son escépticos ante las solicitudes de asilo.

Tenemos la responsabilidad de denunciar lo que ocurre en otras partes del mundo. Pocas cosas aparecen en las pantallas de los televisores sobre conflictos armados y el consiguiente desplazamiento en cada región. Si tratamos de entender las causas, quizás los temores irracionales de la 'invasión masiva' se disipen.

Aprender de los refugiados

Teníamos una casa, tierra, un coche... Ellos quemaron nuestra casa porque éramos tamiles. Huimos al norte de Sri Lanka. Yo vendí todas mis joyas.

Hubiéramos perdido hasta la cordura si no fuera por nuestra fe y la Eucaristía. Ahora no tenemos mucho, pero al menos estamos vivos.

La mujer que nos dijo esto nos enseña mucho sobre la esperanza y la valentía, que surge de la experiencia profunda de Dios. La experiencia del JRS revela consistentemente lo mucho que tenemos que aprender de los refugiados, de su solidaridad y de su generosidad. Aunque lo hayan perdido casi todo, se aferran a la determinación de vivir y recuperar su dignidad. *En nuestro trabajo, vemos lo mejor y lo peor del hombre, pero la vida es más fuerte que la muerte*, dice el P. Mateo Aguirre, director regional del JRS África Occidental.

Esperar contra la esperanza

Porque yo sé muy bien lo que haré por ustedes; les quiero dar paz y no desgracia y un porvenir lleno de esperanza, palabra de Yahvé. Cuando me invoquen y vengan a suplicarme, yo les escucharé; y cuando busquen mi corazón me encontrarán, siempre que me imploren con todo su corazón. Entonces, haré que me encuentren; volverán sus desterrados, que yo reuniré de todos los países y de todos los lugares adonde los expulsé. Y luego les haré volver de donde fueron desterrados. (Jer 29:11-14).

No hay mejor regalo para la gente del exilio que la esperanza de la paz, escribió Miriam, una refugiada de África. Quitarle la esperanza a una persona es horrendo, porque sin esperanza el espíritu humano muere. Hacer todo lo que podamos para mantener viva la esperanza, agradecer los dones de cada día, añadir la especia de la alegría a la vida en el exilio: estas son las tareas que Dios nos ha confiado.

La Gente Elegida por Dios quería seguirle mientras se encontraban en el desierto en busca de la Tierra Prometida. El trabajo con los refugiados es un viaje espiritual paralelo, de refugiados y otras personas que buscan una tierra de paz y justicia, y de aquellos que se les unen en su misión de reconstruir la humanidad.

Lluís Magriñà SJ, Director Internacional del JRS, 2000 - 2007

Director: *Lluís Magriña SJ*
Editor: *Danielle Vella*

Foto de portada: Italfoto, Roma

Servicio Jesuita a Refugiados

Noviembre 2007

acompañar
servir
defender

